

Siete cuadros mexicanos

Hugo Hiriart

I

HERMENEGILDO BUSTOS
*Señora doña Francisca Valdivia
de Chávez e hijos, 1862*

Este retrato proviene del, y re vela al México recóndito. Lo pintó un fabricante de helados de Purísima (Virgen) del Rincón, en Guanajuato, llamado Hermenegildo Bustos 1832-1907. El retrato es un milagro del arte. Porque lo que aparece no es, como cabría haber supuesto, el esfuerzo de un artesano, sino el aplomo de un maestro, uno de esos maestros antiguos, de los tiempos minuciosos de Jan Van Eyck, por ejemplo, salido de la entraña anónima del pueblo para prueba de que el espíritu de la genialidad sopla donde quiere. En el cuadro las telas brotan del matizado fondo negro (Van Gogh contó veintisiete tonos de negro en un cuadro de Franz Hals, ¿cuántos discernimos aquí?), y los largos cabellos de doña



I

Francisca Valdivia de Chávez, la retratada, reverberan ondulando en ese fondo, fluyen, podríamos decir, remansados. Pero la parte del león del breve universo está en la piel no morena, observemos, sino blanca, y en la piel sobresale la puntería psicológica: hasta la mano está penetrada de individualidad y carácter, para no decir nada de ese rostro severo, algo terco, reservado, acorde al santo rosario y al humeante comal, y desconfiado de toda sensualidad, de la muy cumplida madre. Los niños, bien peinados, muy educaditos, ostentan una seriedad un tanto extraña y están algo ritualizados en su representación, como los niños de Diego Rivera, digamos. El pintor es exhaustivo, miremos el collar, la cesta o el arete, va agotando el dibujo sin prisa, en esa temporalidad católica, acompasada y pueblerina que Agustín Yáñez registró en la polifonía de su magistral novela *Al filo del agua*.

II

JOSÉ MARÍA VELASCO
*Cañada de Metlac, vista tomada
cerca de la estación de Fortín, 1897*

Vigorosa muestra del arte de nuestro más alto paisajista clásico, José María Velasco 1840-1912, es este cuadro de la barranca de Metlac, cerca de Fortín, en Veracruz. El contraste entre la quieta apacibilidad de la naturaleza y el estruendoso ferrocarril que aparece bufando es muy logrado. El tren, símbolo de modernidad cuando se pintó el cuadro, 1897, es para nosotros artefacto algo obsoleto y por ende ya poético, y en esa medida, se ha fundido ya con el paisaje. Para Velasco, como para otro gran paisajista, el inglés John Constable, la pintura es

una especie de ciencia con técnica precisa, así, Velasco aprendió de su maestro Eugenio Landesio el modo exacto y único de pintar nubes, hierbas o montañas, y eso que Leonardo llamaba *perspectiva aérea*, es decir, el arte de dar la distancia, no con puntos de fuga, sino con tonos y astucias, como pintar detalladamente lo que está cerca e ir progresivamente despojando de pormenores lo que se va alejando, o como puede verse aquí, pintar más oscuros los montes cercanos, y aclarar paso a paso los remotos. Pero eso sí, la limpidez deliciosa y la grandeza heroica del paisaje vienen sólo del genio de Velasco. Landesio arrastró a su discípulo a la corte de Maximiliano, razón por la que los liberales victoriosos no lo querían, aunque, en mérito de su arte, acabaron perdonándolo. Muy oportuno: Velasco es el positivismo, la filosofía del porfiriato hecho pintura, no en balde Velasco fue científico (su mayor estudio es sobre el ajolote) y decoró la Sociedad Mexicana de Historia Natural a la que él y su hermano Ildefonso pertenecían.

III

JOAQUÍN CLAUSELL
Fuentes brotantes en otoño

Muy cumplida muestra de impresionismo mexicano del pincel de su más preclaro exponente, el campechano Joaquín Clausell, 1866-1935. Clausell no se hizo pintor directamente, estudió antes Derecho, fue inquieto y rebelde por entonces y conoció la persecución y la cárcel. Se dice que fue entonces cuando halló refugio en casa de los Condes de Calimaya, hoy Museo de la Ciudad de México, donde dispuso de un



II



III



IV

estudio cuyas paredes decoró con caprichosos dibujos. Don Joaquín refirió a su hija que en su juventud viajó a París donde conoció, y aun fue invitado a pintar, como amigo y discípulo, en el taller mismo del insuperable maestro Claude Monet. Este paisaje refleja esa influencia porque, como ven, su intento es sobre todo pintar la luz, es decir, el modo como se matizan los colores, y así se da todo: el agua, por ejemplo, no es elemento, sino sinfonía de tonos (para el impresionista la sombra no es gris o negra, sino, como aquí, morada, verde, púrpura, hasta rojo vino); el contraste de la oscuridad del paraje con el amarillo intenso de la pradera herida por el sol es un triunfo. Captar la luz que baila en las frondas es, como se sabe, el gran reto de los impresionistas. Y recordemos que las yerbas acuáticas que flotan en la penumbra serán vistas de cerca y pintadas insuperablemente por Monet, su maestro. Este apacible cuadro fue pintado cuando el país hervía en furibundo nacionalismo revolucionario, lo que muestra que a su modo Clausell seguía siendo independiente y rebelde. Trabajó hasta el final: falleció pintando, hundido en el lodo de las Lagunas de Cempoala.

IV

GERMÁN GEDOVIVUS
Desnudo barroco

Academicismo europeo brillantemente trasladado a México, es este elegante y poderoso desnudo de Germán Gedovius, 1866-1935. De aquí van a derivar muchas cosas, el arte de Saturnino Herrán, amigo y discípulo de don Germán, entre ellas. Dramática fue la trayectoria vital de Gedovius: incomunicado en la sordera con que nace, se vale del dibujo para darse a entender con sus padres, ricos ferreteros de San Luis Potosí, y desarrolla no sólo una gran habilidad, sino una afición al arte del dibujo. Su padre lo envía a Alemania a estudiar artes plásticas y a atenderse la sordera. En los diecisiete años que permaneció en Europa, Germán aprendió a hablar en español y alemán, y aprendió a fondo los secretos de la pintura académica. La muchacha del cuadro flota en un negro inextricable, entre flores, la equiparación de

Captar la luz que baila en las frondas es, como se sabe, el gran reto de los impresionistas.

doncella y flor es clásica: ambas duran poco en sazón, un sueño apenas, son plenitud y lozanía, pero ese instante recordará siempre la definición de belleza de Stendhal, “belleza es promesa de felicidad”. Detrás de almohadones y muelles cojinetes se alzan las doradas decoraciones que dan nombre al cuadro, *Desnudo Barroco*, cuyos intrincados brillos ha logrado reproducir Gedovius con gran soltura. El velo aumenta la sensualidad de la imagen y es vehículo para que el maestro dé otra prueba de la maestría lograda en la Academia Real de Munich donde estudió. En su tiempo Gedovius alcanzó fama sobre todo de retratista, el de don Artemio de Valle Arizpe o de don Luis Quintanilla, el diplomático, por ejemplo. Un autorretrato suyo donde está vestido a la usanza flamenca, alcanzó un premio cuando estudiaba en Europa.

v

AGUSTÍN LAZO
Los remedios, 1930

Refinada muestra de surrealismo mexicano es obra del exquisito pincel de Agustín Lazo, 1896-1971. De vieja y acomodada familia, Lazo fue uno de los pintores más cultos e ilustrados del México nacionalista y popular de mediados del siglo XX (de los veinte a los cincuenta), edad de oro del arte nacional. En los años veinte Lazo vivió en París y se empapó en audacias surrealistas, que entonces daban comienzo, sin entrar a formar parte del grupo, ya que Lazo fue siempre tímido, independiente, reservado. Su inconfundible y muy personal estilo, cabe pensar, deriva de la estancia en ese dichoso momento de París. El caballo, la bestia símbolo pleno de fuerza y vitalidad, oscuro, con brillos morados, trota en un extraño desierto, que más bien parece un mar

de arena con dunas que mueve el simún abrasador. Atrás se levanta monumental el acueducto de Los remedios, aquí reducido a su volumen geométrico (la torre parece una película ligeramente desenrollada). El cuadro está pintado con acumulación de pequeñas pinceladas, en una de las variantes del puntillismo, hay varias. En el cuadro nada es azaroso, el azar, bienamado por los surrealistas, como se sabe es fantasioso. De hecho parece la imagen de un sueño, otra experiencia venerada por el surrealismo, no alegre, sino tal vez ominoso. Como todo arte surrealista el cuadro es literario, poético, un poema sin palabras. Y por ello tiene un toque teatral. Lazo amaba el teatro, diseñó escenografías, tradujo a Jean Gaudoux y escribió alguna obra. Lazo fue muy amigo del poeta, crítico y dramaturgo Xavier Villaurrutia, de hecho fue pareja de él, y a su muerte, perdió la alegría de crear y dejó casi de pintar.

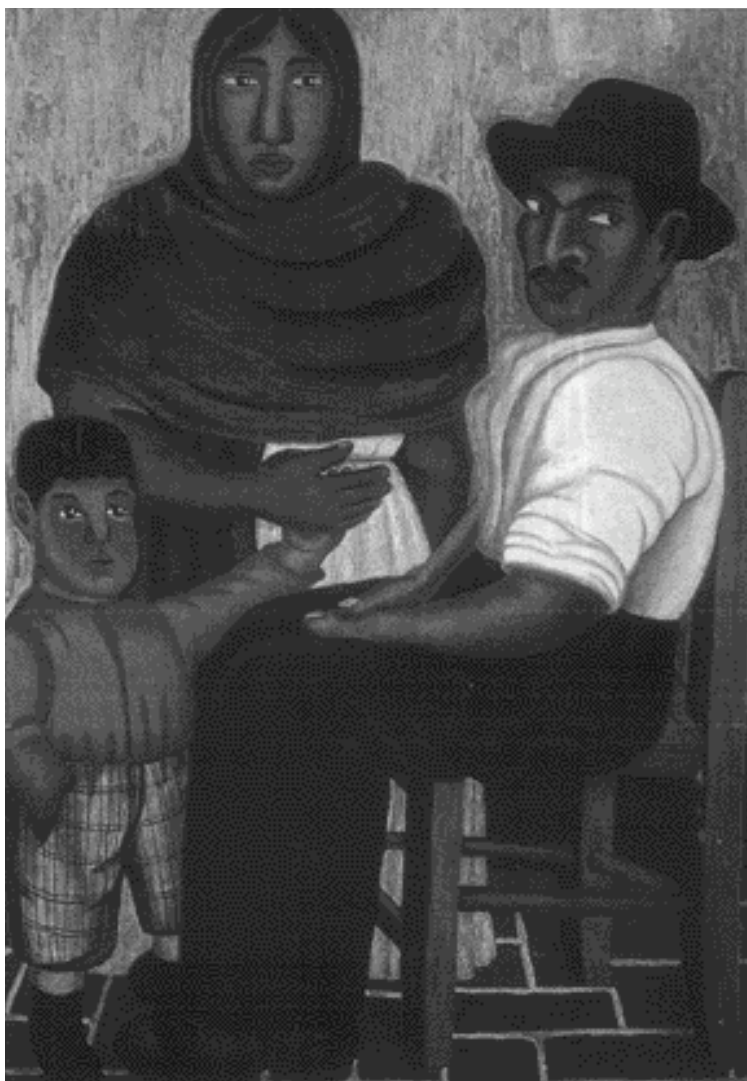
VI

MANUEL RODRÍGUEZ LOZANO
Familia obrera, 1927

Este cuadro, no muy grande, encierra sin embargo un no sé qué de colosal, de escultórico, un poco de Monumento a la Revolución, pero plano y a colores. Aunque no se ve aún el estilo por el que será conocido, pertenece al apasionado y controvertido Manuel Rodríguez Lozano, 1896-1971. Fue el pintor afortunado con las mujeres. Casó en 1913 con la hermosa Carmen Mondragón (hija del general inventor del cañón que lleva su nombre) y vivió con ella en París, donde se familiarizó con la gloriosa vanguardia artística de entonces. De vuelta a México, siete años después, rebautizada ya doña Carmen como Nahuí Ollín por el Doctor Atl, aparece Antonieta Rivas Mercado, quien le dirige entonces famosas y



v



VI

abrasadoras cartas de amor. Rodríguez Lozano, empero, más que bisexual, fue homosexual, de donde se deduce la fascinación que su personalidad podía ejercer. Este cuadro transparenta el aprecio por el arte popular mexicano que trajo el nacionalismo revolucionario. Lo bonito, y bien dibujadito en sentido académico, ha de evitarse a toda costa, y cabe buscar sólo lo expresivo, expresivo y fuerte, como los maravillosos rostros del marido suspicaz o de la esposa resignada que hallamos en esta obra. Colorido astuto, el rojo del suéter del niño lo hace todo, brilla contrastado con el verde del fondo y el blanco y negro de las ropas de la pareja. La estilización, ¿de dónde viene? Es común a varios pintores del momento, en el mural de Siqueiros en San Ildefonso, por ejemplo, puede verse. Don Manuel no andaba con falsas modestias, “era difícil, pues no reconocía mérito en los demás artistas. Sólo existían en el mundo Picasso y él”, revela doña Inés Amor en sus memorias artísticas.



VII

VII
 MARÍA IZQUIERDO
Mi tía, un amiguito y yo, 1942

Muestra ilustre de ingenuidad refinada y popular en pintura realizada por María Izquierdo 1902-1955, una de las más notables representantes de esta tendencia. Otro es el primer Tamayo, el de antes de instalarse el pintor en Nueva York, cuando el color alucinante aún no brotaba en sus cuadros. Primero fue su maestro, después de Germán Gedovius, después su pareja por cuatro años. E hicieron historia juntos en las artes mexicanas por la extremada exquisitez de sus creaciones. Obsérvense los árboles del fondo de este jardín donde el elegante trío ha salido a pasear un domingo pueblerino, es extraordinaria la finura con que va construyendo su cuadro, al tiempo que lo estiliza todo, tronco y fronda, y la estatua de la fuente se inclina como una

elegante aparición. Rostros y trajes están también estilizados aunque a veces con gran detalle, como el encaje negro en los guantes y la sombrilla o en el broche de la blusa negra de la tía. El autorretrato de María cuando niña es un acierto y hay aun ternura, de la buena, en esa carita pintada unos treinta y cinco años después del momento que presenciamos. La tía, tan dulce y hermosa, ¿se habrá casado? Hay algo lopezverdiano en esta estampa que ostenta, obsérvense esos matices del ocre y de las tierras, un completo dominio del color. “En un cuadro, prescribía Tamayo si se quiere que el color luzca, debe haber pocos colores”. ¿Cómo se vería en este cuadro un verde o un azul cielo o aun un blanco? Ya mayor, María sufrió una hemiplejía y quedó paralizada del lado derecho, pero se enseñó a pintar con la mano izquierda para seguir creando. Era indomable, pero no se le ha hecho aún cabal justicia en el mundo del arte mexicano. [U]